Los hilos que rechazaban el color

Obra original de Shyvirelle

En el taller de costura orbital, las máquinas casi nunca se detenían. Fabricaban uniformes para quienes reparaban plataformas lejos de las ventanas de observación. Los hilos llegaban en bobinas clasificadas por uso y grosor. A simple vista, todos parecían iguales, salvo por las franjas de color que permitían seguir una costura mientras la prenda pasaba de una mesa a otra.

El problema empezó con una bobina gris que no parecía gris.

Cuando Fina, la aprendiz más nueva, tensó el hilo frente al panel azul del taller, el hilo adquirió exactamente el color del panel. Al moverlo hacia la luz de un costado se volvió claro, casi plateado. Al soltarlo frente a la máquina oscura, desapareció de nuevo. No se rompía: seguía tenso entre sus dedos, pero le costaba saber dónde estaba.

—¿Qué pasa cuando la aguja está moviéndose? —preguntó la diseñadora, Nara.

Fina hizo una prueba a velocidad reducida. Dos aprendices siguieron la costura con la vista. Al acercarse a la zona iluminada por las lámparas del techo podían verla; al girar la tela hacia las lámparas laterales perdían el hilo durante varios movimientos.

—Se ve bonito —dijo alguien al fondo.

—Eso no es una respuesta —replicó Nara.

La fábrica llevaba años encargando pigmentos al mismo proveedor. Aquel lote incorporaba una sustancia inventada para la misión: una película diminuta que cambiaba de apariencia según la dirección desde la que llegaba la luz. El fabricante lo anunciaba como un color adaptable a cualquier uniforme. No había mentido sobre el efecto. Había olvidado comprobar qué ocurría cuando alguien necesitaba distinguir una costura en movimiento.

El encargado de compras propuso usar las bobinas solo en las partes menos visibles de las prendas. Era una forma de no desperdiciar el material y cumplir el plazo del contrato. Nara pidió el permiso para detener la línea de pruebas hasta el final del turno.

—¿Vas a rechazar toda la tela por el color? —preguntó el encargado.

—No voy a rechazarla por el color. Voy a averiguar si podemos reconocerla cuando el color no nos sirve.

Abrió un viejo muestrario de costuras. Encontró una puntada en relieve usada años atrás en un traje ceremonial. No dependía de un pigmento: alternaba tramos elevados y tramos hundidos, como pequeñas olas. Su problema era que se veía con claridad solo por una cara.

—Necesitamos que la señal esté también detrás —dijo Fina.

Nara le dio una tira de tejido y dos agujas. Trabajaron juntas hasta conseguir una doble cresta. Cada tramo alto en la cara exterior coincidía con otro alto, de forma más corta, en la interior. El perfil de la costura formaba pequeñas muescas alternadas que podían reconocerse mirando desde cualquiera de los dos lados. No copiaba la apariencia de

ninguna marca comercial: era una señal sencilla que el propio taller podía repetir y comprobar.

La primera prueba fue junto al panel azul, bajo la luz de techo. Colocaron sobre la mesa dos tiras de la misma tela. Una llevaba el hilo liso del nuevo lote; la otra, el relieve doble. Fina movió ambas tiras a la misma velocidad.

—He perdido la lisa —dijo el encargado, que había vuelto para observar—. La otra sigue teniendo borde.

Lo dijo sin entusiasmo, pero lo dijo.

La segunda prueba se hizo con la lámpara lateral encendida y las luces superiores apagadas. El hilo liso pareció claro durante un instante y luego se confundió con un pliegue del tejido. En la tira de relieve se seguían distinguiendo las muescas, aunque ahora las pequeñas sombras caían al lado contrario.

—Dadle la vuelta —pidió Nara.

Fina giró la tira. Las muescas interiores continuaban presentes. No ofrecían la misma sombra ni el mismo brillo que las exteriores, pero conservaban el ritmo visible: alto, bajo, alto, bajo. Otro aprendiz siguió con el dedo el perfil de ambos lados sin preguntar dónde empezaba.

Aquello no convertía la prenda en un uniforme terminado. Todavía quedaban pruebas de resistencia, desgaste y ajuste que correspondían a otros equipos. Nara escribió la limitación en el registro. Lo que habían comprobado, y nada más, era que las dos caras del relieve podían localizarse en dos condiciones de iluminación que hacían perder de vista el hilo liso.

Al día siguiente llegó una comunicación del proveedor. Ofrecía cambiar la bobina por otra de un tono más oscuro, siempre que la fábrica mantuviera la presentación original del uniforme. La carta incluía un catálogo de colores capaces de combinar con casi cualquier escenario, desde los paneles de una estación hasta las paredes de los módulos de descanso.

—Si aceptamos, dentro de unos meses alguien tendrá que volver a preguntarnos cuál de los tonos se ve mejor —dijo Nara.

—Tal vez el tono oscuro funcione —respondió Fina.

—Tal vez. Pero el problema no es elegir uno que nos guste. Es definir una señal que podamos reconocer sin pedirle al proveedor que nos diga dónde está.

La fábrica construyó un pequeño banco de ensayo. Tenía dos lámparas colocadas en direcciones distintas, dos fondos intercambiables y una guía para mover tiras a velocidad constante. Cualquier turno podía repetir allí la comprobación: primero bajo luz desde arriba, después bajo luz lateral; primero por el derecho, luego por el revés. No necesitaban las fórmulas secretas del pigmento para saber qué habían visto.

El encargado de compras llevó a la reunión una fotografía del uniforme liso. Se veía elegante, sin costuras aparentes. Sobre la mesa, Nara puso dos tiras reales y pidió a los presentes que reconocieran el borde mientras Fina las movía. La primera costó seguirla.

La segunda mostró su relieve desde ambas caras.

—Para las fotos, elijan el color que prefieran —dijo Nara—. Para encontrar una costura, acuerden qué debe poder verse y cómo vamos a comprobarlo.

Nadie respondió enseguida. Luego el encargado tomó la hoja de ensayos y propuso incluir el método en la orden de producción, sin mencionar ninguna marca de tinte. Fina añadió que la revisión debía hacerse al comienzo de cada lote, no solamente cuando alguien se quejara.

Aún no habían fabricado el primer uniforme con aquella mejora. Tenían una tarea más pequeña, y por eso podía cumplirse: las señales serían comprobables en su propio taller antes de pasar a las demás pruebas.

Esa tarde, Fina recogió la bobina gris. Bajo la lámpara lateral volvió a brillar como plata. La dejó en su caja, con una etiqueta de material pendiente de revisión. No era un hilo malvado ni un color prohibido. Era un producto que sabía desaparecer de la vista justo cuando alguien necesitaba seguirlo.

En la mesa contigua, el relieve doble no desapareció. Fina lo vio desde un lado y luego desde el otro. Por primera vez en dos días no tuvo que adivinar dónde terminaba la costura.